

Homo Ambulans y Flâneur

Natalia Ruiz de los Llanos*¹

Resumen

Roma. Siglo I d.c.: Calígula nombra a su caballo miembro del senado romano; Claudio, abandona el Imperio en manos de sus mujeres; Nerón, preso de delirios pirotécnicos, incendia Roma; Domiciano funda su política en el clientelismo y en el “*panem et circenses*”... Claudios y Flavios gobiernan el Imperio.

Juvenal, poeta satírico, denuncia a través de sus escritos la decadencia de la Urbe y, con mirada *indignada*, retrata un opaco momento histórico. De este modo, toma esa realidad que lo rodea como objeto de observación y crítica y, adoptando la actitud de un *homo ambulans*, vive en las calles y describe a la multitud que lo aturde, que lo indigna.

París. Siglo XX. Benjamin, filósofo frankfurtiano, nos presenta un personaje, en algunos aspectos equiparables al *homo ambulans*: el *flâneur*, hombre de una pluralidad de máscaras con las que se disfraza y protagoniza diferentes papeles dramáticos. Este *flâneur* sale de un pasaje, entra en otro y convierte a cada uno de ellos en su propia vivienda; mira deslumbrado las placas de los comercios “los muros son el pupitre en el que apoya su cuaderno de notas”.

En esta ponencia me propongo analizar algunas afinidades entre el *homo ambulans* romano y el *flâneur* benjaminiano.

Palabras clave: homo ambulans - flâneur - indignatio - urbes - multitudes

Abstract:

Rome. 1st century a.C.: Caligula designates his horse as member of the Roman Senate; Claudius leaves the Empire in the hands of his women; Nero, caught by a pyrotechnical madness, burns Rome; Domiciano starts his policy of clientelism and Claudii and Flavii govern the “*panem et circenses*” Empire. Juvenal, satirist poet, denounces the city’s decadence in his writings and, angrily, depicts this opaque historical moment. Thus, he takes the reality around him as an object of observation and criticism. Adopting the attitude of a *homo ambulans*, he lives in the street and describes the crowd that stuns him and makes him furious.

Paris, XXth century. Benjamin, philosopher from Frankfurt, presents us a character comparable in some aspects with to the *homo ambulans*: the *flâneur*, a man that takes different dramatic roles, disguised with many masks. This *flâneur* gets out of a passage, gets into another one, and each of them becomes his own home: he looks astonished at the shops’ notices: “the walls are the desk against which he leans his notebook”.

This work proposes to analyse some affinities between the Roman *homo ambulans* and the Benjaminian *flâneur*.

Key-words: homo ambulans - flâneur - indignatio - urbes - crowds

1-*CIUNSA, Universidad Nacional de Salta.

*Al comienzo la calle se le hizo interior y,
ahora, ese interior se le hace calle.*

Walter Benjamin

... Roma amanece...

Una mañana cualquiera de un día cualquiera. Roma amanece. Un *ientaculum*² frugal, un aseo distraído y el romano está listo para salir a la calle. Juvenal, *cliens*³, apresura el paso para llegar a tiempo: la *salutatio matutina*⁴ a su *patronus* a cambio de la *sportula*. Cierra la puerta del cuartucho ubicado en el tercer piso de una lúgubre *insula*⁵, desciende las escaleras y sale, sin dilación, rumbo a la *Via Sacra*. Sabe la dificultad que representa deambular por las calles romanas porque

*(...) nobis properantibus obstat
unda prior, magno populus premit agmine lumbos
qui sequitur; ferit hic cubito, ferit assere duro
alter, at hic tignum capiti incutit, ille metretam.* (III, 243-248).

[mientras nos damos prisa nos bloquea la ola que está delante, y la gente que nos sigue nos oprime los lomos con su marcha apremiante. Éste te lastima con el codo, el otro te lastima con un duro palo, este otro te lanza una viga a la cabeza, aquel, una copa].

Sin embargo, el apetito apresura la partida y, en ese recorrer las calles de la Urbe, observa a cada uno de los personajes que en ella se pasea.

En una esquina ve el primer espectáculo: poet-astros que recitan poem-astros. “*Semper ego auditor tantum? numquamne reponam uexatus totiens rauci Theseide Cordi?* (¿Siempre, yo, sólo oyente? ¿Nunca voy a replicar, maltratado por la Teseida del ronco Cordo?)” (I, 1-2), se pregunta nuestro poeta, mientras se dispone a cruzar la calle. En ese momento, es interceptado por la litera de Matón, picapleitos [*causidici*], quien es seguido del delator de un gran amigo junto a un falsificador de testamentos. Desde el piso, observa a esta comparsa de libertinos, a “*cum populum gregibus comitum premit hic spoliator pupilli prostantis* (este expoliador de un discípulo que se prostituye oprime al pueblo con sus rebaños de acompañantes)” (I,46). Se levanta, sacude su toga y emprende nuevamente la *caminata* rumbo a la *domus*⁶

2- *Ientaculum*: modesto desayuno, compuesto por pan con aceite o vino, miel, queso, fruta fresca o seca.

3- *Cliens*: extranjeros instalados en Roma que se unieron a los patricios por el *ius patronatus*: el cliente debía respeto a su patrón, ponía a su disposición su vida y sus bienes, participaba en el culto gentilicio y llevaba el nombre de la *gens*. El patrón le daba protección, lo mantenía y lo defendía en los juicios.

4- *Salutatio matutina*: los clientes saludaban todas las mañanas a su patrono y éste a cambio les daba la *sportula*, que consistía en una cesta con comestibles o su equivalente en dinero.

5- *Insula*: era una casa de alquiler destinada a los más humildes. Tenía hasta siete pisos de altura, edificada rápidamente y con materiales baratos, por lo tanto no ofrecía demasiada seguridad a las familias que allí vivían. Las paredes eran de madera y adobe, a veces de ladrillo cocido. Tenía varias ventanas y balcones, pero como se construía hacia adentro, la parte interior carecía de luz y ventilación. Era muy ruidosa, incómoda y se incendiaba o derrumbaba con facilidad.

6- *Domus*: era la residencia de los ciudadanos ricos. Se ingresaba a ella por un corredor llamado *vestibulum*, que era una sala abierta a la calle, situada antes de la puerta, y en las casas más ricas, era donde el señor recibía cada mañana el saludo de los clientes. Luego de atravesar la *ianua* o puerta, por un pasillo se llegaba al *atrium* que era el lugar donde ardía el fuego [*focus*] y la familia trabajaba, comía y dormía. Aquí también se encontraba el *compluvium* para que pudiera pasar la luz y el agua de la lluvia que se recogía a la vez en una especie de cisterna situada en el suelo, el *impluvium*, comunicada con un depósito subterráneo. Los *cubicula* o dormitorios daban al atrio, éstos no tenían ventanas exteriores. En el cuerpo posterior de la casa se encontraba el *peristylum*, jardín rodeado de un pórtico y sostenido por columnas. Con el tiempo la vida familiar fue desplazándose hacia este segundo patio. Las dependencias de servicio no tenían un lugar fijo en la casa, se situaban donde quedaran espacios vacíos. La cocina era pequeña y cerca de ella estaban los baños.

de su *patronus*, cuando unos susurros femeninos llaman su atención: un grupo de mujeres liderado por “*Lacusta*” (I, 71) se presta a oír la “receta” que servirá para envenenar al marido desprevenido, mientras “muchachas deshonestas” [*sponsae turpes*] y “muchachitos adúlteros” [*praetextatus adulter*] hacen las suyas (I, 78).

Apresura su paso para no quedar sin la *sportula*. Llega finalmente al Palatino. Un romano entogado recibe en el *vestibulum* a un grupo considerable de *clientes* a quienes les ofrece “la cestilla”, Juvenal está entre ellos. Con su *sportula* en mano y sin nada que hacer inicia su “*otiosa*” *flânerie* por la *Urbs*.

Junto a los Arcos Viejos se cruza con su amigo Umbricio quien le confía que abandona Roma porque en ella no se puede vivir “*quando artibus*’ *inquit* ‘*honestis nullus in urbe locus, nulla emolumenta laborum, res hodie minor est here quam fuit* (pues en la *Urbe* no hay lugar para las ocupaciones honrosas, ni gratificación del trabajo y la fortuna es hoy menos que la de ayer, dijo)” (III, 21-23).

*quid Romae faciam? mentiri nescio; librum,
si malus est, nequeo laudare et poscere; motus
astrorum ignoro; funus promittere patris
nec uolo nec possum; ranarum uiscera numquam
inspexi; ferre ad nuptam quae mittit adulter,
quae mandat, norunt alii; me nemo ministro
fur erit (...)* (III, 41-47)

[¿Qué voy a hacer en Roma? No sé mentir; no puedo alabar un libro si es malo, y pedirlo; desconozco los movimientos de los astros; prometer la muerte de un padre no quiero ni puedo; jamás he inspeccionado las entrañas de las ranas; llevar a una casada lo que le envía un amante, lo que le encarga, otros saben; con mi auxilio nadie será ladrón (...)].

Abatido por la decisión de su amigo, lo abandona y se pierde por las estrechas calles de la *Urbe*. Con mirada recelosa observa a aquella multitud que grita, cotorrea, se desplaza. Divisa entre ellos a un grupo de personas que, a la manera de los griegos, usan “sandalias griegas [*trechedipna*]” y “cuelgan de sus cuellos embadurnados medallas griegas [*niceteria*]”. Reconoce a gramáticos, retores, géometras, pintores, masajistas, augures, médicos, magos... reflexiona “*omnia novit / Graeculus esuriens* (todo lo sabe un grieguecillo muerto de hambre)” (III, 78): “*non possum ferre, quirites, Graecam urbem* (No puedo soportar, Quirites, una Roma griega)” (III, 60-61).

Se aproxima la hora de tomar el *prandium*⁸ y decide destinar algunos *ases* de su *sportula* a la compra de comestibles. Se dirige al *Macellum*⁹, en busca de queso, fiambres, frutas y *mulsum*¹⁰. Un rápido almuerzo junto a un amigo ocasional... Sin embargo, a medida que se acerca, descubre en las calles grupos de mendigos y pordioseros. Entre ellos llama la atención del poeta un tal Cordo (III, 204), pobre hombre que nada tenía y que después de un incendio perdió toda su nada. Ahora lo ve desnudo y mendigando unas migajas, nadie acude en su ayuda. ¿Será acaso que “*nil habet infelix paupertas durius in se quam quod ridiculos homines facit?* (nada más duro tiene la infeliz pobreza en sí misma que hacer más ridículos a los hombres?)” (III, 152-153).

7- *Lacusta*: envenenadora famosa en los tiempos de Nerón.

8- *Prandium*: ligero almuerzo de carne fría, legumbre, pescado o huevos, frutas. Mucha gente comía fuera de casa, porque no tenía cocina en sus diminutas viviendas, o compraba comida preparada.

9- *Macellum*: Mercado en el que se vendían comestibles de todo tipo.

10- *Mulsum*: mezcla de vino caliente con miel.

La *Via Sacra* lo conduce al Foro y hacia allí se encamina. Todo cambia ahora: abogados, “*genus ignauum, quod lecto gaudet et umbra* (casta de haraganes, que se goza del lecho y de la sombra)” (VII, 105) y viven “con la fanfarria y la apariencia de una fortuna superior a la suya”. Retores y gramáticos, intentando enseñar a jóvenes “burros de Arcadia” [*Arcadico iuveni*] (VII-160) *suasoriae* y *controversiae*. “Burros de Arcadia” apaleando a sus preceptores (VII, 213).

Alrededor del Circo Máximo, prostitutas griegas “*picta lupa barbara mitra* (zorra extranjera con su gorrito de colorines)” (III-66) se entregan por unos pocos ases. Y homosexuales de alargadas cejas, pintarrajeadas con hollín húmedo, de abundante cabellera envuelta en redes doradas, vestidos con rombos azules o toga lisa verde clara se preparan para un casamiento en el monte Quirino: “*nubit amicus / nec multos adhibet* (se casa (con otro) un amigo y no invita a muchos)” (II, 134-135). Reflexiona Juvenal: “*fient, fient ista palam, cupient et in acta referri* (estas cosas sucederán a la vista de todos, sucederán, y querrán que las publiquen en las Actas)” (II, 136-137).

Un estruendo lo desvía de sus pensamientos y una multitud corre y grita hacia la esquina de la calle. Alguien llora y pide ayuda: se ha derrumbado una *insula*...

*nos urbem colimus tenui tibiae fultam /
magna parte sui; nam sic labentibus obstat /
uilicus et, ueteris rimae cum textit hiatus, /
securus pendente iubet dormire ruina.* (III 194- 197).

[Nosotros habitamos una ciudad sostenida en gran parte por enclenques puntales, pues es así como el casero previene el hundimiento y, cuando ha tapado la hendidura de una antigua grieta, ordena dormir tranquilos, en tanto que el derrumbe está encima].

A las cuatro de la tarde, los ricos en litera, atropellando a cuantos “obstaculizan” su camino se dirigen a la *domus* de alguna importante familia a disfrutar de los placeres de la *cena*¹¹; mientras ellos, los pobres, deberán conformarse en alguna *taberna* bebiendo un vino hasta el amanecer o deambulando por las oscuras calles de la ciudad. Y así, éste, nuestro *homo ambulans*, se enfrenta a nuevos peligros, los de la noche: un borracho que sale a su encuentro; mendigos agremiados que riñen entre ellos; asaltantes y forajidos; vasijas rotas que caen de los tejados de las casas de alquiler:

(...) *possis ignauus haberi
et subiti casus inprovidus, ad cenam si
intestatus eas: adeo tot fata, quot illa
nocte patent uigiles te praetereunte fenestras* (...) (III, 272- 275)

[(...)podrás ser considerado un necio y un incauto ante accidentes súbitos si acudes a una cena (sin hacer) testamento; los peligros son tantos como ventanas vigilantes están abiertas durante la noche, cuando tú pasas debajo de ellas (...)].

Acelera el paso deseoso de llegar a su casa lo antes posible pero, en las proximidades del *Forum Boarium*¹², donde está el templo de la diosa de la castidad, tropieza, sin querer,

11- A la *hora duodecima*, (cuatro de la tarde) empezaba la cena que era la principal comida del día. Era frecuente tener invitados. Estos charlaban, comían, escuchaban recitados de poemas o jugaban a los dados. Una cena de convite constaba de tres partes: *El gustus o aperitivo*: se tomaba antes de la cena; consistía en una serie de alimentos para despertar el apetito: melón, lechuga, atún, croquetas, alcachofas, trufas, ostras y pescados salados. *La prima mensa*: consistía en servir variados manjares, era el plato fuerte; se comía cabrito, pollo, jamón, pescados, mariscos y otros platos exóticos. *La secunda mensa*: se comían los postres: frutas, dátiles, dulces, pasas y vinos dulces.

12- Foro donde se vendían bebidas.

con un espectáculo fabuloso: mujeres embriagadas depositan allí sus literas, mean la estatua de la diosa y “*se montan una a la otra, y se mueven con la luna de testigo (inque uices equitant ac Luna teste mouentur)*” (VI, 310).

Juvenal ha llegado a casa, un cuartucho ubicado en el tercer piso de la *insula* lo espera. Se dispone a dormir, pero aquí comienzan las verdaderas dolencias: el ruido de los carruajes, los gritos de los vecinos, el humo de la *insula* contigua que está quemándose... Y sí, en Roma dormir cuesta caro. Apaga la luz de su candil y piensa: “mañana será otro día”.

...Roma intenta dormir...

HOMO AMBULANS–EL FLÂNEUR

Muy poco se sabe de Décimo Junio Juvenal. Nació en Arpino entre los años 50 o 60 y murió alrededor del 130 d.C. Su vida transcurre, entonces, en la Roma Imperial de los siglos I y II, una Roma de multitudes, una *Urbs* que ha crecido no sólo desde el punto de vista demográfico, sino también ha extendido sus territorios por el Mediterráneo, Asia y África. Sin embargo, como bien lo afirma Salustio, historiador romano del siglo I a.C., en su *Conjuración de Catilina*, toda expansión territorial trae aparejada la relajación y subversión de los valores, al respecto afirma:

Sed ubi labore atque iustitia res publica crevit, reges magni bello domiti, nationes ferae et populi ingentes vi subacti, Carthago aemula imperi Romani ab stirpe interiit, cuncta maria terraeque patebant, saevire fortuna ac miscere omnia coepit (...) igitur primo pecuniae, deinde imperi cupido crevit: ea quasi materies omnium malorum fuere. namque avaritia fidem probitatem ceterasque artis bonas subvertit; pro his superbiam, crudelitatem, deos neglegere, omnia venalia habere edocuit. Postquam divitiae honori esse coepere et eas gloria imperium potentia sequebatur, hebescere virtus, paupertas probro haberi, innocentia pro malevolentia duci coepit (...) at hi contra, ignavissimi homines, per summum scelus omnia ea sociis adimere, quae fortissimi viri victores reliquerant: proinde quasi iniuriam facere, id demum esset imperio uti] (Caps. X y XII).

Pero cuando por su trabajo y justicia la república creció, grandes reyes sometidos por la guerra, subyugó por la fuerza a naciones feroces e importantes pueblos; a Cartago, rival del poderío romano, la destruyó en sus raíces mismas, y se le abrieron todos los mares y las tierras, comenzó la fortuna a mostrarse hostil y a mezclar todas las cosas (...) En consecuencia, creció primero el deseo de dinero, luego el de poder: así, estas cosas fueron objeto de todos los males. En efecto, la avaricia subvirtió la lealtad, la honradez y las restantes buenas artes; enseñó en su lugar la soberbia, la crueldad, ser indiferente con los dioses, tener todas las cosas por venales (...) Después de que las riquezas comenzaron a gozar de honores y la gloria, el poder y el mando las seguían, la virtud perdió su brillo, la pobreza se consideró vergonzoso, la inocencia fue conducida a favor de la malevolencia (...) Por el contrario, éstos, hombres indolentes, por el crimen más terrible despojaron a sus aliados de todas aquellas cosas que habían dejado esforzadísimo varones vencedores: como si en cometer injurias estuviera precisamente ejercer el poder.

Esta Roma del siglo I a. C. no difiere demasiado de la Roma de Juvenal. Los Claudios y los Flavios han devastado al Imperio con sus locuras: Calígula ha nombrado a su caballo miembro del honorable Senado Romano y, como cuenta Suetonio en *La Vida de los Doce Césares*, ha anexado un *Lupanar in Palatium*. Claudio, un pusilánime manejado por Mesalina y Agripina, ha abandonado el imperio en manos de sus mujeres. Nerón, preso de delirios pirotécnicos ha incendiado Roma, y como si esto fuera poco, “*gaudentis foedo peregrina*

ad pulpita cantu prostitui (disfruta prostituyéndose con su horrible canto en las tablas extranjeras)” (VIII, 225); Domiciano ha fundado su política imperial en el clientelismo y en el “*panem et circenses* (X, 81)”.

Nuestro poeta toma esa realidad social que lo rodea como objeto de observación y crítica. Elabora sus sátiras con los elementos que ella le brinda. Así, por las páginas de su libro desfilan, como hemos visto ya, homosexuales, viejos avaros, mujeres que, sin pudor, envenenan a sus maridos, lujuriosos, vendedores, delatores, advenedizos, cazatestamentos, suegros corruptores de nueras, brujos, poetastros, emperatrices que con una peluca rubia escapan del palacio para dirigirse al lupanar, y personajes provocadores de su xenofobia: griegos y judíos.

Juvenal, un *homo ambulans*, vive en las calles y saca su escritorio para describir a la multitud que lo aturde, que lo indigna. Se mezcla con y entre la gente, la observa, la escruta, enjuicia sus acciones y... escribe... no movido por el placer sino por la indignación y, así “*quidquid agunt homines, uotum, timor, ira, uoluptas, / gaudia, discursus, nostri farrago libelli est* (todo cuanto hacen los hombres, sus anhelos, temores, cólera, placer, gozos, ires, venires constituyen el fárrago de SU obra)” (I, 85-86).

Reconoce, en este sentido, que el poeta no necesita para escribir ni del *ingenium* ni del *ars* sino, sólo, de la *indignatio*: “*Si natura negat, facit indignatio versum* (si la naturaleza lo niega, la indignación hace el verso)” (I, 79-80). En este sentido *indignatio* no implica *ridiculum*, son actitudes contrapuestas. La primera supone que quien habla está comprometido emocionalmente con los temas que trata, y, desde su discurso, pretende persuadir a los oyentes para provocar un cambio de actitud. Por su parte, el *ridiculum* implica un alejamiento del objeto para así poder criticarlo, sin estar comprometido con él. Éste sería el caso de Horacio y Lucilio. Afirma Rosario Cortés Tovar “Quien se sirve de él (*ridiculum*) intenta también persuadir, pero no por implicación emocional, sino por implicación intelectual” (1997:411). Sin embargo, la *indignatio* es el instrumento de crítica de sus seis primeras sátiras, ya que en las restantes va, poco a poco, abandonando este temple anímico y se aproxima más a Horacio y Lucilio, es decir, aparecen ciertos rasgos de humor e ironía –que no estaban ausentes en las primeras sólo que es aquí recién cuando lo admite-, tal es el caso cuando critica a los judíos:

*quidam sortiti metuentem sabbata patrem
nil praeter nubes et caeli numen adorant,
nec distare putant humana carne suillam,
qua pater abstinuit, mox et praepudia ponunt;
Romanas autem soliti contemnere leges
Iudaicum ediscunt et seruant ac metuunt ius,
tradidit arcano quodcumque uolumine Moyses:
non monstrare uias eadem nisi sacra colenti,
quaesitum ad fontem solos deducere uerpos.
sed pater in causa, cui septima quaeque fuit lux
ignaua et partem uitae non attigit ulla.* (XIV, 96-106)

Algunos (a los que toca) en suerte un padre temeroso del sábado, no adoran otra cosa más que las nubes y la divinidad del cielo, y piensan que la carne humana no difiere de la del cerdo, de la que el padre se abstuvo, y pronto realizan la circuncisión; acostumbrados, por otra parte, a despreciar las leyes romanas, aprenden, conservan y reverencian el código judío, que, sea cual fuese, transmitió Moisés en su libro místico: No señalar el camino sino a quienes practican la misma religión, si buscan una fuente, conducir sólo a los circuncisos. Pero la culpa es del padre, para quien todo día séptimo fue estéril, y no toca ninguna actividad de la vida.

Más allá de su ánimo movido por la *indignatio* o por el *ridiculum*, Juvenal critica a través de sus sátiras no sólo vicios e indecencias sino todos aquellos comportamientos que se alejan del *mos maiorum*, plexo de valores fundamentales para el hombre romano. Su crítica, en este sentido, no sería hacia un individuo –como la de Marcial– sino social. Todo “desvío” en la conducta humana depara una terrible *sentetia*; todo vicio, una *dicacitas*, un insulto mordaz, por parte del satírico: a los ricos y poderosos: “*Dat veniam corvis, vexat censura columbas* (La censura concede el perdón a los cuervos y maltrata a las palomas) (II, 64)”. A los pobres: “*Nil habet infelix paupertas durius in se / quam quod ridiculos homines* (Nada tiene la desgraciada pobreza más duro en sí misma que el hacer a los hombres ridículos) (III, 153-154)”. A los romanos: “*panem et circenses* (pan y circo) (X, 81)”. A la sociedad: “*Nihil erit ulterius quod nostris moribus addat (...) omne in praecipiti vitium stetit* (No hay ninguna cosa más que la posteridad pueda añadir a nuestras costumbres (...) todo vicio se yergue en el precipicio (I, 147-149))”.

Ya nadie podrá escapar de la perpicaz mirada ni del andar detectivesco de este romano que se anima a decir: “*quando uberior uitiorum copia? quando / maior auaritia patuit sinus?* (¿Cuándo fue más copiosa la abundancia de vicios? ¿cuándo el seno de la avaricia se mostró aún mayor?)” (I 87-88). Sin embargo, más allá de la crítica no hay una propuesta de cambio sino sólo la necesidad de “*Vltra Sauromatas fugere hinc libet et glaciale / Oceanum, quotiens aliquid de moribus audent / qui Curios simulant et Bacchanalia uiuunt* (huir de aquí más allá de los Sármatas y del Océano glacial, cada vez que se atreven a hablar de moral los que fingen ser unos curios y viven bacanales)” (II, 1-3).

En un salto temporal, nos ubicamos en la primera mitad del siglo XX. Benjamin, filósofo alemán perteneciente a la Escuela de Frankfurt, en su artículo “Baudelaire y el París del 2º Imperio”, nos presenta un personaje, en algunos aspectos equiparables al *homo ambulans*: el *flâneur*. Toma como figura emblemática del *flâneur* a Baudelaire. Ahora bien ¿quién es el *flâneur*? Al respecto, afirma el filósofo refiriéndose al poeta francés:

Como no tenía convicción alguna adoptaba apariencias siempre nuevas: flâneur, apache, dandy, traperero: otros tantos papeles. Puesto que el héroe moderno no es héroe sino que representa héroes. La heroicidad moderna se acredita como un drama en el que el papel del héroe está disponible (116).

¿Cuál es la silueta del *flâneur* benjaminiano? El mismo Courbet retratando a Baudelaire afirma que éste tiene cada día aspectos distintos. Tal vez, aquí radique el problema, y estemos frente a una figura social difícil de precisar. Benjamin nos habla del *flâneur* como un hombre de una pluralidad de máscaras tras las cuales se esconde para protagonizar o asumir diferentes papeles dramáticos. Éstos van desde el dandy al traperero; desde el conspirador profesional o “alquimista de la revolución” –según Marx– a un simple viandante. En definitiva, es este último papel, el de viandante, el que se relaciona con el *homo ambulans*.

Este *flâneur* sale de un pasaje parisino, entra en otro y convierte a cada uno de ellos en su propia vivienda; mira deslumbrado las placas de los comercios “*los muros son el pupitre en el que apoya su cuaderno de notas. Sus bibliotecas son los kioscos de los periódicos, y las terrazas de los cafés balcones desde los que, hecho su trabajo, contempla su negocio*” (1987: 51). Todo cuanto lo rodea parece llamarle la atención. Se esconde entre las multitudes –como *El hombre de las multitudes* de Poe– y pasa desapercibido. Ésta es una de las caracterizaciones del *flâneur* benjaminiano comparable al romano sólo por su actitud de observador, pero el primero impasible, el segundo indignado; uno desenfadado; el otro irritado.

¿Quién es el *flâneur*?, o ¿qué clase de hombre es este pasante? Un hombre solo que ociosamente pasea por París; un detective que va en busca de la pista del crimen; un

ambulante que entra en un café, y se va enseguida, atraído por el movimiento de las masas entre las que decide confundirse y esfumarse; un escritor que busca el ruido callejero para poder producir (1987: 63); un callejero que busca “la soledad en la multitud”; el sonámbulo nocturno que se maravilla con las farolas a gas; el desocupado que protesta contra la división del trabajo y contra el trabajo; el inquieto que pasea en un bazar sin comprar nada y “mirando las mercancías con ojos ausentes y extraviados”.

Roma y París. Siglos I y XIX. 1.200.000 habitantes. Ciudades de multitudes. Calles angostas y pasajes. *Homo ambulans y flâneur*. Hombre que busca la “masa” y la enjuicia, héroe que se confunde en la “masa” de la gran ciudad.

Bibliografía

Balasch, Manuel (1966), *Contribución al estudio de la lengua de Juvenal*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Beare (1964), *La escena romana*, Buenos Aires, Eudeba.

Benjamin, W. (1988), El París del Segundo Imperio en Baudelaire II en *Poesía y Capitalismo*. Iluminaciones II, Madrid, Taurus. (Trad. de Jesús Aguirre).

_____ (2005), “Prostitución y juego” en *El libro de los pasajes*, Madrid, Akal.

Bollack, Jean (2004), *Sentido contra sentido*, Madrid, Arena Libros. (Trad. de Ana Nuño).

_____ (2005): *Poesía contra poesía. Celan y la Literatura*, Madrid, Trotta. (Trad. de Yael Langella, Jorge Mario Mejía Toro, Arnau Pons, Susana Romano-Sued).

Clarke, J. R. (2003), *Sexo en Roma*, Barcelona, Océano.

Cortés Tovar, Rosario (1997), “Juvenal” en *Historia de la Literatura Latina*, Madrid, Cátedra.

Coronel Ramos, Marco Antonio (2002), *La sátira latina*, Madrid, Síntesis.

Fernández Vega, Pedro Ángel (2003), *La casa romana*, Madrid, Akal.

Grimal (1999), *El amor en la antigua Roma*, Barcelona, Paidós.

Homo (1958), *Las instituciones políticas romanas*, Buenos Aires, Uthea.

_____ (1981), *Nueva Historia de Roma*, Barcelona, Iberia.

Howatson, M.C. (1991), *Diccionario de la Literatura Clásica*, Madrid, Alianza.

Juvenal (1996), *Sátiras*, Madrid, Alma Mater. (Texto bilingüe. Trad. de Bartolomé Segura Ramos).

Juvenal - Persio (2001), *Sátiras*, Madrid, Gredos. (Trad. de Manuel Balasch).

Lovisoló, Jorge (2006), “Lupanares” en *Alarmas. Diáspora de la Modernidad y positivismo social-demócrata* (en editorial).

Quignard, Pascal (2000), *El sexo y el espanto*, Buenos Aires, Ediciones literales.

Robert, Jean-Nöel (1999), *Eros romano. Sexo y moral en la Roma antigua*, Madrid, Ed. Complutense.

Salustio (1991), *Conjuración de Catilina*, México, UNAM. (Texto bilingüe. Trad. de Agustín Millares Carlo).

Walbank (1984), *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano de Occidente*, Madrid, Alianza.